



#### REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año.  
Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 39.

DIRECTORA,  
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

23 de Octubre de 1877.

#### PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

#### SUMARIO.

Un recuerdo del 24 de Diciembre, por doña María Hurtado.—*María Inmaculada*, poesía, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—*La sombra del parque*, novela, por don Salvador Perez Montoto.—*Variedades*.

#### UN RECUERDO DEL 24 DE DICIEMBRE.

Yole veré, mas no ahora: le contemplaré, mas no de cerca. De Jacob nacerá una Estrella, y brotará de Israel una vara ó cetro, que herirá á los caudillos de Moab y destruirá á todos los hijos de Soth. Vaticinio de Balaan, libro de los números C. XXIV. v. 17.

I.

La venida del Mesías se acerca.

La multitud de profecías por las cuales ha sido anunciado, y los grandiosos acontecimientos del pueblo hebreo bajo los cuales ha sido repre-

sentada, se han ido cumpliendo sucesivamente, trayendo en pos de sí la hora señalada en los decretos de Dios para enviar á la tierra al Salvador de los hombres.

Octaviano César Augusto, Señor del mundo, ha extendido sus poderosas legiones por todo el orbe, y Jerusalem la dominadora de las naciones, ha caido tambien como otras muchas ruinas bajo la opresion del Águila romana.

Una paz deliciosa y profunda ha sucedido á los terribles desastres de una guerra asoladora; y la tierra duerme envuelta en este oasis de dulce paz y fortuna, con el sueño de una Virgen delicada, tendida indolentemente sobre un lecho de flores.

En medio de esta paz universal el mundo se conmueve, y toda la Judea se pone en movimiento para obedecer las órdenes de Augusto.

Porque el César manda que todos los judíos vayan á empadronarse en los respectivos pueblos de donde traen su origen y es preciso obedecer. Los hijos del desierto, los esforzados campeones de Josué, ante cuyo terrible acero cayeron derrotados los gigantes Enaneos, se han convertido en un pueblo de miserables pigmeos que



solo piensan en regar con lágrimas de abyección las cadenas de su servidumbre.

Un decreto, la más mínima orden de Octaviano, les hace temblar de espanto, como la hoja del árbol se estremece al menor soplo de viento.

Sin sacerdote legítimo que ofrezca el sacrificio, y bajo el poder de un rey usurpador y tributario que jamás se sácia de beber su sangre; el pueblo predilecto y amado del Señor, gime oprimido por las cadenas de la mas negra esclavitud: y los adoradores del Dios verdadero y único, doblan su abatida frente ante los mandatos de los impíos adoradores de los dioses paganos.

## II.

Pero el cielo al fin se compadece de los desgraciados descendientes de Abraham, y en los incomprensibles designios de su voluntad, resuelve enviar á la tierra el divino Consolador de la humanidad afligida.

El Cordero inmaculado, blanco como las nieves del Sanir, vá á descender sobre el hogar de los hombres para redimirlos con su doloroso sacrificio, lavando con su purísima sangre el pecado nefando de la humanidad.

Los infinitos tesoros de Jehová se derraman en su inagotable bondad, y el Verbo divino llega hácia el suelo, como clarísimo manantial que ha de fecundizar con las suavísimas gotas de su celestial ternura el árido y místico campo del corazón humano.

Y el Altísimo dirigiendo su bondadosa mirada sobre la tierra, cumple su promesa á los hombres dando al mundo lo que de mas precioso y caro conserva en los riquísimos tesoros de su grandeza; á su Hijo amado en quien se complace eternamente, existente desde la inmensidad de lo eterno en su infinita y única Esencia, y segunda Persona de su Trinidad divina.

## III.

Prepárate pues, nacion de Judá para recibir al Mesías, tanto tiempo há esperado de tus patriarcas y vaticinado por tus profetas.

Disponte luego, pueblo escogido del Señor; disponte para acoger en tu seno á la Estrella resplandeciente que Balaan te anunció hace mas de 1451 años.

Ese edicto del César que le hace abandonar tus pacíficos hogares, es el último decreto con que Dios termina las profecías que pronuncian y señalan la venida de su Hijo al mundo para desatar las cadenas de la humanidad esclavizada.

Alegraos pues, moradores de Jerusalem, porque ya llega á la tierra Aquel cuya palabra será dulce consuelo para el corazón atribulado, bálsamo suave y refrigerante para el contristado espíritu del culpable.

Alegraos, repito, moradores todos de la tierra, porque vuestra libertad se acerca; y la tenebrosa noche que os envuelve será muy en breve iluminada y disuelta por los refulgentes rayos que derramará de sí la brilladora estrella anunciada sobre las cumbres del Phogor.

Los tiernos rayos de amor infinito, refractados en su vivificadora palabra, rogarán en dulce eco sobre las cimas elevadas, y su delicado acento resonará cual el canto del ruiseñor en la dilatada extension de los pintorescos valles esmaltados de violetas.

Y tú Belen llamada Ephrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá, pero de tí saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los dias de la eternidad.

Ataviate, pues, ilustre cuna del rey poeta, y engalánate con tus mas ricos adornos y tus mas suntuosas galas; porque tú eres el nido santo del Fénix tierno del cielo, que en solitario y rápido vuelo recorrerá los ámbitos de Palestina implantando la paz de la inocencia y la suave resignacion en el corazón humano.

¡Mas ay! que Belen la ciudad escogida por el Ser Supremo para cuna de su Hijo, solo vé en la llegada de tantos viajeros á su centro el cumplimiento de un decreto mas de Augusto; y enteramente ocupada en obsequiar á sus huéspedes no advierte que han llegado los tiempos en que precisamente se señala la venida del Mesías.

## IV.

Sin embargo, no todos disfrutan de los finos ofrecimientos de los Belenitas. Á un extremo de la ciudad y en el centro de un establo desmantelado, se vé una jóven bellísima y delicada como una princesa del Sólido de Salomon; y á su lado un anciano en cuyo venerable semblante se halla escrita toda la noble y sencilla bondad de los antiguos patriarcas del pueblo elegido.

Aquella mujer es María, la Flor purísima é inmaculada escogida por el Eterno, para dar al mundo la bendita Semilla de la redencion; y el anciano es José, el humilde carpintero de Nazaret, descendiente como su esposa de la rama real de David, de cuyo ilustre tronco debe brotar el cetro invencible que ha de regir el destino universal del orbe.

Solo ellos comprenden los designios celestia-



les en aquel decreto de Augusto; y solo ellos tambien, son los únicos que no han encontrado el más pequeño rincón de la ciudad de sus mayores, donde poder resguardarse de las inclemencias del tiempo.

Por eso han tenido que acogerse en un humilde establo, y lejos de quejarse del desamparo en que parece dejarles la Providencia, los tiernos esposos dirigen sus agradecidas súplicas al cielo por haberles deparado aquel humilde asilo.

## V.

Entretanto, las horas pasaban lentas y silenciosas á través del cefiro nocturno.

Todo reposaba tranquilo y pacífico; y el universo dormía envuelto en ese silencio vago, misterioso y callado de las noches apacibles y serenas.

La alegre animación que reinaba en la ciudad nativa del Cantor de Israel, había cesado por completo; y Belén descansaba también cual la delicada paloma del Carmelo reposa con dulce sueño en el centro de sus deliciosas florestas.

La atmósfera despojada de las espesas nubes que la envolvían, se hallaba cubierta de un trasparente manto de armiño.

De vez en cuando algunas estrellas fugitivas y rápidas como el pensamiento, se destacaban entre sus diversas ondulaciones, descubriendo por breves momentos el magnífico pabellón de los cielos, levemente velado en su delicado y aéreo velo de blanco tul.

La señora de la noche pálida y majestuosa como una virgen de Salem, se deslizaba con paso lento y tranquilo sobre su alfombra de terciopelo, en la que vogaban como perdidos algunos resplandecientes luceros.

Después retirando el fino velo de blanco encaje que cubría su plateada frente, dirigió una ráfaga de su melancólica y suave mirada hacia el pobre establo donde se hallaban los humildes galileos, olvidados de los opulentos belénitas, y excluidos de todo consuelo humano.

Aquel tibia rayo de luna penetrando por las entreabiertas tablas que formaban el techo del establo, vino á caer en medio de los ilustres nazarenos como la blanca y purísima cinta del amor inmaculado que ligaba sus tiernos corazones.

José, el noble heredero del trono de Judá se estremeció levemente al sentirse iluminado con aquella luz nítida y blanca, y una lágrima tierna rodó silenciosamente por sus venerables facciones.

Era la lágrima del agradecimiento con que correspondía al dulce recuerdo que Dios parecía enviarles desde el cielo.

La noche se hallaba ya en mitad de su carrera. María, la perfumada azucena de Nazaret, elevó sus hermosos ojos al cielo, exhalando un tierno y delicado suspiro como para contestar á la radiante mirada que Jehová le dirigía desde su eterno solio.

Y... de enmedio de aquel suspiro intenso y prolongado de la Virgen desposada, pareció desprenderse un Niño, hermoso como el sueño del justo, rubio como las espigas de Egipto que se agitaba sonriendo dulcemente sobre las pajas del establo...

¡Oh! en aquel instante sublime se salvaba la humanidad.

Entonces se daba principio á la terrible batalla que había de decidir la suerte futura del género humano.

El Hijo de Dios revestido de las miserias humanas acababa de nacer.

El Príncipe de los cielos, Señor de toda la tierra, aparecía por vez primera entre los hombres sin tener donde reclinarse su cabeza.

Pero ¡ay! qué abandonado debía nacer, el que un día había de morir desamparado y desnudo en una cruz afrentosa.

María le adoró con tiernísimo respeto como á su Dios y Señor; y le estrechó contra su corazón con toda la ternura de su alma grande é inmaculada.

Y algunas lágrimas entre sublime y suave resignación, se desprendieron de las azuladas y limpias pupilas de la Estrella del mar, al ver el cruel abandono en que venía al mundo el Hijo adorado de su alma.

## VI.

Pero si el mundo se olvidaba de celebrar con su regocijo la venida del defensor infinito que venía á libertarle, el Altísimo se encargó de reemplazarle enjugando con delicada finura las dolorosas lágrimas de la Virgen de Israel.

Una armonía dulce y sentida como el sublime sonido de las arpas celestiales, se percibió vagamente en el espacio. Y velados entre radiante y vivísima luz, aparecieron millares de ángeles con ricas arpas de oro, llenando el ambiente de la noche con sus majestuosos acordes.

Aquellos ángeles de cabellos dorados, envueltos en túnicas blancas como las nieves del Cáucaso, eran las legiones celestes que el Eterno enviaba para manifestar á los hombres la venida de su Redentor, y millares de voces dulces y



tiernas como el canto del cisne, resonaron entre las auras diciendo:

¡Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

## VII.

Y mientras las legiones divinas se regocijaban en el nacimiento del Redentor de los hombres, la tierra se estremeció presagiando el grandioso acontecimiento que se operaba en su seno.

Los oráculos enmudecieron; los dioses del paganismo cayeron hechos pedazos de sus soberbios pedestales; y las negras columnas del abismo, se bambolearon desde sus profundos ciimientos, estremeciéndose con espantoso terror.

Porque el Niño abandonado que nacía en un establo, era el terrible Gladiador que había de combatir y vencer á la monstruosa fiera del averno, que tantas víctimas sacrificaba en aras de las pasiones.

El que había de romper con su dolorosa muerte las duras cadenas del pecado original que esclavizaban á la raza humana: el que debía arrebatarse sus despojos al príncipe del abismo; y el que en su celestial y alta doctrina había de ofrecer una vida de paz civilizadora al mundo social, envuelto entonces en los crasos errores de la ignorancia y la superstición.

Y la humanidad entera aspiró con avidez el benéfico aliento que se desprendía de un establo, y la raza de Adán fué redimida por el Dios-niño que acababa de nacer.

**María Hurtado.**

San Vicente de Munilla.

## MARÍA INMACULADA.

Ángel de la pureza, de tu aliento  
Manda un suspiro á mi profano lábio:  
Genio de la armonía, á quien acento  
Da el sumo Dios omnipotente y sábio;  
Tú, que á los piés de su divino asiento  
Su nombre cantas sin hacerle agravio;  
Tú, que prestas su dulce melodía  
Al ave errante que saluda al día.

Tú, que del mar sobre las turbias ondas  
Los anchos senos con tu voz halagas  
Y de la selva en las espesas frondas  
De auras y vientos el suspiro apagas;

Tú, que entre nubes de celestes blondas  
Los aires cruzas y en éter vagas;  
Dame tu voz purísima y sencilla  
Y cantaré á la Virgen sin mancha.

Que es tanta y tanta la inmortal pureza  
De su nombre divino y soberano,  
Que al adorar el cielo su grandeza  
Del poder de su Dios mide el arcano;  
Decir no puede su sin par belleza  
En su pobre lenguaje el lábio humano;  
Que cielo y tierra ante sus piés postrada  
La aclaman sin cesar ¡Inmaculada!!!

Y así la llaman en la zona ardiente  
Do el sol sin nubes poderoso brilla;  
Y así la aclaman con piedad ferviente  
Del hondo mar en la apartada orilla;  
Al eco de su nombre omnipotente  
Dobla el hombre asombrado la rodilla  
Del África abrasada en las regiones,  
Al salvaje rugir de los leones.

Y en los extensos bosques de Oceanía,  
Do lanza el sol su rayo postrimero  
*Salve*, gritan doquier, *Salve, María*,  
Respondiendo á la voz del misionero  
Y al despuntar en el Oriente el día,  
Y cuando brilla trémulo el lucero,  
De Thímor el salvaje, su plegaria  
Alza en la Virgen selva solitaria.

Y del Asia magnífica en los lares,  
Que dulce el ámbar sin cesar perfuma,  
La invocan entre plácidos cantares,  
Que lleva el viento en la perdida bruma.  
Y si al soplo de Dios hierven los mares  
Alzando montes de agitada espuma,  
El náufrago repite en su agonía  
El purísimo nombre de María.

Y los que habitan junto al ancho Nilo,  
Y los que el mar de Singapoór navegan,  
Y los que al sueño plácido y tranquilo  
Entre serpientes sin temor se entregan;  
Y los que tienen su ignorado asilo  
Donde los rayos de la luz no llegan;  
Y los que exponen sin temblar su vida,  
Acechando al leopardo en su guarida;

Todos la invocan con ferviente anhelo,  
Pura y sin culpa manantial de amores,  
Y escribe Dios su nombre sobre el cielo,  
Del iris en los fúlgidos colores.  
Y el serafín al agitar su vuelo  
Entre nubes de ardientes resplandores,  
De uno al otro hemisferio, con fé santa,  
Su eterno nombre y su pureza canta.



¡Y cómo no aclamarla con ternura  
Inmaculada en tierra y mar y viento,  
Si el Dios cuya palabra augusta y pura  
Del caos evocara al firmamento,  
Y sobre el ancho caos le asegura  
Con el poder de su divino acento,  
Quiso probar en ser tan peregrino  
La inmensidad de su poder divino?

Y la dotó de gracias singulares;  
Cifró en ella su encanto y su alegría;  
Que escogida y bendita entre millares  
Un Dios iba á decirla ¡Madre mía!  
Y la hizo estrella de los anchos mares,  
Luz de su luz, aurora de su día,  
Y de su amor en el inmenso abismo  
Formarla quiso de su aliento mismo.

Y al dirigir sus ojos inmortales  
Sobre la augusta Emperatriz del cielo,  
Creada en sus decretos eternos  
Libre de culpa y de mundano duelo,  
Dijo en su amor: «Los coros celestiales  
Reina te aclamen con ferviente anhelo;  
Y pues cielos y mundos hermo seas,  
En cielo y mundo bendecida seas.

La sin igual pureza de tu frente  
Irradie sola en la celeste altura,  
Como del rojo sol la llama ardiente  
Sola en los cielos su esplendor fulgura;  
Y el serafín que adora reverente  
La augusta plenitud de mi hermosura,  
Y que vela el divino santuario,  
de mi Suprema Trinidad Sagrario.

Inclinado ante Tí doquiera implore  
Tu inocencia purísima y sagrada,  
Y de rodillas en su amor adore  
El celestial fulgor de tu mirada;  
Ante tus piés sus dones atesore  
La divina virtud inmaculada,  
Que tuyos todos son, y mas te diera,  
Sin mas tesoros á mi diestra hubiera.»

Y el cielo enmudeció; los serafines  
Á tus plantas sus alas desplegaron,  
Y de Salem los místicos jardines  
Sus inmarcitas flores te brindaron;  
Con infinito amor los querubines  
Tu Concepcion divina celebraron,  
Y Dios, ¡la inmensidad! de poder lleno,  
Dejó los cielos y bajó á tu seno.

¡Quién como tú! Los astros y las nubes  
Tu ser adoren y tu nombre santo:  
Y en sus himnos de gloria los querubines

Por Tí modulen su celeste canto.  
¡Quién como Tú! Que hasta los cielos subes  
Á darles esplendor, vida y encanto!  
¡Quién como Tú! Que en la region del viento  
Es la pira del sol tu régio asiento.

¡Gloria á María! Su pureza cante  
Cuanto tiene poder, voz y existencia;  
Que aunque el mundo entusiasta y anhelante  
No proclamase su divina esencia,  
Para afirmarla yo fuera bastante  
Mi solo corazón y mi creencia.  
¡Quí solo Dios, y fué! suyo es el día!  
¡Quién como Dios que engrandeció á María!

Y la alzó con su mano creadora  
Sobre la inmensidad del firmamento:  
Es en la eternidad Reina y Señora;  
La augusta Trinidad le presta asiento;  
Dios, por amor, su escelsitud adora;  
El cielo es su escabel, la luz su aliento;  
Y el Espíritu Santo con sus alas  
Á su dosel eterno presta galas.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## LA SOMBRA DEL PARQUE.

(SUEÑO Ó REALIDAD.)

### I.

¿Eres supersticioso, mi querido Augusto?  
¿Crees que las almas del otro mundo se nos  
aparezcan alguna vez en este?

Estoy seguro de que tu respuesta será ne-  
gativa.

¿Y no has creído en ellas un momento siquiera  
en tu vida?

¿No has sentido nunca ese terror vago, misterio-  
so, inexplicable, cuyo origen se ignora, pero  
que sin embargo hace que se hiele nuestra san-  
gre y se ericen nuestros cabellos?

Ahora puede que te sea mas difícil contestar.

Porque no hay hombre, por muy valiente y  
animoso que sea, que no haya tenido un instan-  
te de debilidad, según el lugar y la ocasión, en  
que se haya estremecido y haya mirado con re-  
serva á su alrededor.

Por mi parte, á tí te lo puedo decir mejor que  
á ninguna otra persona, porque nuestra amistad  
data de muy antiguo; jamás he creído que los  
difuntos abandonen sus tumbas para venir á  
mortificar á los míseros mortales; pero confieso  
con ingenuidad que he tenido algunos momen-  
tos en que, sin lograr explicármelo, he sentido



una emocion misteriosa que no sé si calificar de *miedo*.

Acuérdate, si no, de lo que me aconteció la noche que enterraron á una pobre amiga nuestra; sin que yo pretenda echarla de valiente, creo que cualquiera persona en mi lugar se hubiera asustado tambien.

Ahora voy á referirte otro caso por el estilo. Será muy posible que me motejes de visionario ó supersticioso: eres dueño de hacerlo sin temor de incomodarme. Lo que voy á referirte es cierto; te lo aseguro, y con esto me basta.

## II.

Recuerdo que, siendo niño, ví una vez en casa de un pariente mio un cuadro que representaba una nave medio destrozada entre las ondas de un mar tempestuoso, resistiendo con dificultad los embates del viento y de las aguas.

El cuadro sólo tenía esta inscripcion:

VOILA LA VIE.

Entonces no pude comprender la verdad que encerraban esas palabras; despues, han pasado muchos años y la he comprendido perfectamente.

Nuestra vida es como un débil leño perdido entre las olas; tan pronto se acerca á una hermosa playa impulsado por suave brisa, como se aleja de la costa entre montañas de espuma.

Una de estas oleadas de la existencia fué la que me llevó á Cartagena a principios de 1875, cuando menos podia sospecharlo.

Pocos dias despues de mi llegada ya habia procurado visitar cuanto notable existia en la ciudad. Todavía se resentia esta bastante de los inmensos danos causados por la insurreccion cantonal; multitud de casas veianse convertidas en montones de escombros; en el magnífico arsenal y en las murallas, abiertas y agrieteadas por varios sitios, se distinguian perfectamente los rastros de los destructores proyectiles, y en medio del puerto asomaba negro y mutilado el palo mayor de la hermosa fragata «Tetuan,» víctima tambien de aquella conmocion popular. Solo me faltaba ver las ruinas del Parque de artillería, soberbio edificio que por su solidez habia servido de albergue, durante el bombardeo de la plaza, á infinidad de familias, y que una imprudencia de los sitiados hizo volar, enterrando entre los escombros á más de setecientos desgraciados.

## III.

Hablaba yo cierta noche con un amigo sobre esta misma cuestion y le expresaba mi deseo de ver las ruinas del Parque.

—Es un espectáculo terrible, pero á la vez sublime, me decia mi amigo. Parece imposible que haya bastado un solo momento para echar por tierra lo que tanto tiempo se tardó en construir. Si quieres contemplar las ruinas y admirar en ellas la poesia confundida con el terror, vé una noche de luna. Te aseguro que has de quedar encantado á su aspecto y has de encontrar mucha semejanza con las ruinas del Circo Romano que habrás visto en multitud de fotografias.

—He de tener en cuenta tu advertencia, le contesté; y puesto que ahora está la luna en todo su esplendor, visitaré el Parque una de estas noches.

—Pero ten cuidado, replicó mi amigo sonriéndose, de retirarte de aquel sitio antes de las doce.

—¿Por qué razon? pregunté notando aquella sonrisa cuyo sentido no podia adivinar. Precisamente esa hora es la de la meditacion y cuando menos podrá llegar hasta allí el ruido de la ciudad.

—Seria posible que te encontrases con la *sombra* que, segun dicen, se presenta á esa hora.

Y al decir estas palabras con cierto aire de burla e incredulidad, sonreia de nuevo.

—¿La *sombra*? ¿Se presenta una sombra en el Parque? pregunté con curiosidad.

—Así parece.

—Supongo que no será la de Roque Barcia que ira á llorar sobre las ruinas, añadiendo.

—No; Roque Barcia se halla todavía en el mundo de los vivos, y la *sombra del Parque* pertenece á un muerto.

—¡Ah! ¿Tú sabrás esa historia?

—S; ¿quién la ignora en Cartagena?

—Yo la ignoro; pero, gracias á tí, podré conocerla en seguida.

—No hay inconveniente.

Y mi amigo me contó lo que á mi vez voy á referirte en breves palabras.

## IV.

La noche del 28 de Noviembre de 1873 presentaba el muelle de Cartagena un espectáculo animado y conmovedor.

El ejército que sitiaba la plaza, establecido en las inmediaciones de la Palma, hacia ya veinticuatro horas que habia comenzado el bombardeo, y los habitantes pacíficos, conociendo la tenacidad de las hordas insubordinadas y que iban á ser víctimas inocentes de la obstinacion y de la barbarie, se apinaban en el muelle y en la muralla del mar, ansiando encontrar por allí



salida y dejando abandonados sus hogares á la voracidad y á la rapiña de los que se titulaban amantes de la libertad y del progreso.

Los almirantes de las escuadras extranjeras surtas en la inmediata bahía de Portman, que hasta entonces habian permanecido neutrales y meros espectadores de aquella ominosa lucha civil, solicitaron y obtuvieron del general en jefe del ejército sitiador una tregua de pocas horas para trasportar los ancianos, mujeres y niños á lugar seguro. El vapor «Anthion» de la escuadra italiana, fué el primero que puso en práctica esta filantrópica empresa; y entrando en el puerto á las doce de la noche, seguido de varias lanchas, empezó á conducir á aquellos á las playas próximas, viéndose con frecuencia apurados los salvadores para recibir de una vez la multitud de personas que se agolpaban siempre que una lancha se acercaba al muelle.

Entre la turba que gritaba y bullia disputándose un puesto en las barquillas salvadoras, sin acordarse de otra cosa que huir del peligro, hallábase una señora todavía bastante joven, seguida de un criado que conducía en sus brazos dos niños, de los cuales el mayor apenas contaría ocho años.

Aquella dama llamábase Aurora S... y hacia unos seis meses que lloraba la pérdida de su esposo, víctima de una aguda enfermedad; habiendo quedado con algunos bienes de fortuna, se dedicó por completo á la educacion de sus dos hijos Eduardo y Aurora; y al tener lugar poco tiempo despues el movimiento de rebelion, procuraba salvar por el pronto su vida y la de sus inocentes hijos, dejando abandonados sus bienes á la Providencia, y esperando que pasase aquel esfervecente período para restituirse de nuevo á su hogar.

En un principio le fué imposible salir de Cartagena; los sitiados, esperando contener á los sitiadores por temer de que padeciese la gente pacífica, impedían á esta la salida; pero cuando los buques extranjeros ofrecieron sus botes para sacar á aquella de la plaza, no se atrevieron á oponerse, y los vecinos de Cartagena, viendo aquel medio de evadir la muerte, se aglomeraron en el muelle y tomaron por asalto las lanchas.

Aurora siguió el ejemplo, y acompañada de sus dos niños, llevados por un fiel servidor, se lanzó en busca de salvacion.

Atropellada y conducida por la turba de emigrantes, estuvo largo tiempo en el muelle esperando que la llegase el turno de embarque y procurando retener siempre á su lado á Antonio, el cual, embarazado con los niños apenas podia

conservar su puesto y resistir el vaiven de aquellas oleadas humanas.

Por fin quedó Aurora en primera fila, y cuando el bote llegó á la orilla, saltó con ligereza, volviéndose en seguida para recibir á sus hijos; pero no les vió.

Una oleada de gente habia separado á Antonio de su puesto, y antes de que Aurora pudiese descubrirle, ya estaba el bote atestado de personas.

—¡Antonio! ¡Antonio! gritaba Aurora desesperada.

—Aquí estoy, señora, contestaba el fiel criado sin lograr acercarse.

—¡Mis hijos! repetía la pobre madre.

—Ya volverán por ellos, decían los que ocupaban el bote; alejémonos ahora que es lo que urge!

—Descuide usted, señora, que á mi lado están seguros, exclamaba Antonio.

Aurora oyó estas palabras mientras el bote se separaba de la orilla impulsado por los remos.

La débil embarcación dobló con ligereza el monte donde se alza el castillo de San Julian y fué á depositar los fugitivos en la playa de Escombreras, volviendo acto seguido al puerto para proseguir su empresa humanitaria.

Aurora permaneció toda la noche y la mañana siguiente en la playa esperando la llegada de sus hijos; pero inútilmente. Estos no venían en los botes que arribaban á cada momento.

Por último, terminó el plazo, y con la lancha postrera terminó también la esperanza de la pobre madre.

Sin embargo, uno de los que desembarcaron se aproximó á ella y la aseguró, en nombre de Antonio, que este, desesperando poder enviar los niños, puesto que á él le estaba vedado salir de la plaza, siendo la afluencia de gente cada vez mayor á medida que se acercaba el término de la tregua concedida, habia resuelto albergarse en el Parque de Artillería, siguiendo el ejemplo de otra multitud de personas, donde estarían seguros contra los proyectiles, y que en la primera ocasion propicia burlaría la vigilancia de los sitiados é iría á reunirse con su ama.

La infeliz madre no pudo quedar tranquila á pesar de aquella prueba de abnegacion de Antonio; pero puso su confianza en Dios, y esperó.

## V.

Trascurrió un mes.

Los sitiados continuaban firmes en sus puestos, no obstante el fuego horroroso que caía sobre Cartagena; la ciudad se habia casi convertido en un inmenso monton de escombros.



Todas las cumbres de los montes circunvecinos se veían coronadas de gente que contemplaba con espanto los numerosos incendios, y daban un grito de terror cada vez que un proyectil atravesaba silbando por el espacio é iba á caer con estruendo dentro de las murallas.

Una mañana... ¡día terrible! hubo un momento en que sitiados y sitiadores experimentaron como un vértigo espantoso. Los montes temblaron por su base; Cartagena se vió envuelta en un océano de llamas y al mismo tiempo retumbó en los aires una detonación pavorosa, inaudita, horrible...!

¿Qué había pasado? Nadie podía explicárselo.

Después, cuando el humo y el polvo desaparecieron, pudo verse la catástrofe. El Parque de Artillería había caído por tierra; sin duda un proyectil había penetrado en el almacén de pólvora, produciendo aquella terrible explosión.

Inútil será decir lo que entonces pasó en el alma de Aurora.

*(Concluirá.)*

## VARIEDADES.

### LA CARIDAD.

La noche cubría con su negro manto al mundo entregado á las más repugnantes orgías, y mi espíritu se encontraba en la soledad.

La luna se elevaba majestuosa en el firmamento, y millares de estrellas aparecían radiantes en el espacio haciendo la corte á la pálida reina de la noche. Su luz amarillenta me llenaba de una triste y dulce melancolía, que en mi espíritu causaba recogimiento consolador. ¡Cuán bello y agradable es contemplar el cielo en una noche serena!

Todo me encantaba, todo me llenaba de una alegría triste, pero más dulce que todos los placeres de este mundo engañador; todo me atraía fuera de mí, cuando he ahí que, no lejos de donde yo estaba, se dejan oír gritos lastimeros y espantosos, y amenazas no menos aterradoras.

Estos gritos, más terribles que el estampido del trueno en una noche pavorosa, llenaron mi corazón de una angustia y terror inexplicables.

Poco después cesaron los gritos, y solo se oían algunos gemidos lastimeros, como los gemidos del zéfiro cuando agita sus alas nacarinas en un bosque sombrío durante una noche de invierno. ¡Eran los gemidos de un moribundo!

Quise acercarme, di algunos pasos hacia el lugar de donde salían aquellos ayes dolorosos.

Cuando ya estaba cerca de él, vi venir una doncella, cuyo resplandor ofuscaba la vista é iluminaba con suave claridad la lobreguez de aquel valle sombrío.

La rosa de la mañana no igualaba la casta beldad de su rostro divino, y sus ojos eran más lindos que los de la tórtola solitaria. Una diadema de diamantes y rubies orlaba sus sienes virginales, y millares de záfiro y vistosas perlas cubrían su vestido purpurino bordado en oro y amaranto, del cual se desprendía una fragancia más pura y suave que el perfume aromático de los nardos y azucenas.

Su modestia hacía olvidar la modestia taciturna de la humilde violeta, y de sus labios de carmín se escapaba de vez en cuando una sonrisa más hermosa que el sonreír de las flores al salir de sus capullos.

Dos hermosísimas doncellas la acompañaban, haciendo la corte á aquella embelesadora figura de la soledad.

Se acercó al moribundo, y con dulzura y amabilidad exquisita lavó sus profundas heridas; y después de derramar sobre ellas un bálsamo celestial, las vendó cariñosamente con unas vendas más blancas que la nieve, y cuidó al infeliz moribundo víctima de pérdidas engaños, con tanta compasión y ternura, como si hubiera sido el ángel de los celestes consuelos.

Después se puso á la cabecera del doliente, le dirige palabras henchidas de consolación, le sostiene, le anima y con un paño más blanco que el armiño, el sudor frío de su pálida frente le enjuga cariñosamente, confortándole á sufrir con resignación por amor de Jesús crucificado todos sus dolores y penalidades.

Lleno de un gozo inexplicable y encantador contemplaba mi alma aquella Virgen de la Soledad. Me parecía más bella que el lucero de la mañana, y graciosa como la primavera con todos sus encantos y alegrías. ¡Oh quién pudiera contemplarla por más tiempo!

Mi vista no se cansaba de mirarla, mi corazón latía fuertemente á causa de la suavidad y contento inefable que henchía todos sus senos, sumiéndolo en un piélago de delicias insondables. Mi espíritu, conmovido á vista de un espectáculo tan tierno y amoroso, no podía pensar en otra cosa, sino en aquella figura misteriosa de la noche.

Quería saber quién era, pero no tuve fuerzas para desmandárselo, porque una dulzura y gozo indecibles embargado habían, mi pecho poco antes envuelto en tristes sombras.

Pasando un poco tiempo desapareció la visión, si así puede decirse de aquellos tres luceros misteriosos, que parecían tres perlas irradiantes en medio de un cuadro sombrío.

Desaparecieron; pero en cambio tuve el gozo de saber quién era aquella Virgen de la soledad que, á manera de una ráfaga de luz en medio de una noche tenebrosa, se me había presentado para libertar mi espíritu de la noche triste de los pesares y melancólicas aflicciones.

Apenas había desaparecido, oí una voz suavísima, que parecía modulada por aquellos soberanos espíritus que habían anunciado á los pastores de Belén el nacimiento del Niño-Dios, y esta voz angelical hizo resonar estas palabras en el espacio: *«Esa es la caridad cristiana: imitadla y seréis dichosos para siempre.»*

Un dulce sueño cerró entonces mis párpados fatigados y no vi ni oí ninguna cosa más.

*F. J. G.*

Granada:—Imp. de la FE, Mendez Nuñez 26.